

habian usurpado á la iglesia galicana, conforme á vuestros nuevos descubrimientos, con los antiguos tejos de la sinagoga, y á un rédito muy bajo sobre los intereses largo tiempo acumulados de treinta piezas de plata; puesto que el Dr. Pricé ha demostrado los milagros que producen los intereses acumulados en el discurso de 1790 años. Enviádnos á vuestro papista, arzobispo de París, y os enviaremos nuestro rabino protestante. Trataremos al personage que nos enviéis en cambio, conforme á sus méritos, como hombre de talento distinguido, y como hombre honrado; pero os suplico que le dejéis traer consigo el fondo de su hospitalidad, bondad y caridad; y podeis contar con que jamás confiscaremos un chelin de este fondo venerable y piadoso, y que no pensaremos en enriquecer el tesoro público con los despojos de la alcancia de los pobres.

A deciros la verdad, mi amado señor, creo que el honor de vuestra nacion está algo interesado en desaprobare los procedimientos de esta sociedad de Old-Jewry y de la taberna de Lóndres. Yo no hablo haciendo las veces de otro: cuando desapruebo, con todo el calor de que soy capaz, toda especie de relacion con los actores que han figurado en este triunfo, ó con aquellos que los admiran, hablo conforme á mis propios sentimientos; y cuando sostengo algo mas como interesante á la nacion inglesa, hablo segun la observacion, y no segun la autoridad; hablo segun la esperiencia que he adquirido en mis relaciones estensas y variadas con los habitantes de este reino de todos rangos y de todos estados, y segun una serie de observaciones atentas, comenzadas no tarde y continuadas por espacio de casi cuarenta años. Al considerar que solamente nos separa un pequeño intervalo de veinte y cuatro millas, y lo frecuentes que se han hecho, de poco tiempo á esta parte, las comunicaciones entre los dos paises, me admira el ver que nos conozcáis tan poco. Sospecho que esto, proviene de que juzgais de esta nacion por ciertas obras que dan la idea mas errónea, si es que dan alguna, de las opiniones y disposiciones que dominan en Inglaterra. La vanidad, la agitacion, la petulancia y el espíritu de intriga de varios pequeños partidos, que se esfuerzan en suplir su falta de importancia con el ruido y empeño de hacerse valer mutuamente, os obligan á creer que asentimos á sus opiniones, porque despreciamos en silencio su charlataneria. No hay nada de esto, yo os lo aseguro. Porque una

media docena de cigarras ocultas bajo la yerba, hacen resonar la pradera con sus importunos chillidos, mientras que millares de soberbios rebaños reposan á la sombra de la encina británica y ruman en silencio, os suplico no penseis que los que hacen ruido son los únicos habitantes de la pradera, ni tampoco vayais á creer que son numerosos; y sobre todo, que son otra cosa que unos insectillos del dia viles y miserables, aunque ruidosos é importunos.

Puedo estenderme hasta afirmar, que no pasan aqui de cien personas las que han tenido parte en el triunfo de la sociedad de la revolucion. Si el rey y la reina de Francia con sus hijos, por un suceso de la guerra aun en medio de las hostilidades mas violentas, llegasen á caer en nuestras manos (quiera el cielo que jamás acontezca tal suceso ni tales hostilidades) tendrian otra suerte de entrada triunfal en Lóndres. Hemos tenido, en otro tiempo, en esta situacion á un rey de Francia; habreis leido cómo fue tratado por el vencedor en el campo de batalla, y de qué modo fue recibido despues en Inglaterra. Cuatrocientos años han corrido desde aquella época; sin embargo erbo que nosotros somos los mismos. Gracias á la obstinada resistencia que oponemos á la innovacion, y gracias á la pereza fria de nuestro carácter nacional, llevamos todavia la marca de nuestros antepasados; y segun veo, no hemos perdido la manera de pensar generosa y elevada del siglo catorce, ni á fuerza de sutilezas nos hemos hecho salvages. No estamos iniciados en la escuela de Rousseau, ni somos discípulos de Voltaire, ni Helvecio ha hecho fortuna entre nosotros. Nuestros predicadores no son los ateos, ni los locos nuestros legisladores. Sabemos que no hemos hecho descubrimientos, y creemos que no hay descubrimientos que hacer en la moral, ni en los grandes principios de gobierno, ni en las ideas de libertad, que mucho tiempo antes de que nosotros estuviésemos en el mundo se habian conocido tan perfectamente, como lo serán cuando la tierra haya cubierto nuestra presuncion, y el sepulcro silencioso haya hecho callar nuestra inconsiderada charlataneria. En Inglaterra no se nos ha despojado de nuestras entrañas naturales; la sensibilidad está viva en el fondo de nuestro corazon, y amamos y cultivamos estos sentimientos innatos que son los fieles custodios y activos vigilantes de nuestros deberes y el verdadero sosten de toda moral noble y conveniente a sentir. No



se nos ha vaciado para cosernos despues, como á los pájaros de un museo, y llenarnos de paja, trapos viles y sucios papeles sobre los derechos del hombre. Conservamos en su nativa pureza todos nuestros sentimientos, y no adulterados por el pedantismo ni la infidelidad. Tenemos verdaderos corazones de carne y sangre, que laten en nuestro seno. Tememos á Dios, y levantamos con respeto los ojos ácia los reyes y la nobleza, con afecto ácia los parlamentos, con deferencia ácia los magistrados, y con reverencia ácia los sacerdotes. ¡Por qué? Porque cuando estas ideas se presentan á nuestra vista, es natural afectarnos de este modo; porque cualesquiera otros sentimientos son falsos y facticios, y tienden á corromper nuestros corazones, y vician las bases de nuestra moral, para hacernos incapaces de gozar de una libertad razonable; y porque conspiran á disponer para la esclavitud y hacernos dignos de ella para siempre, dandonos lecciones de una insolencia servil, licenciosa y disoluta que haga el vil pasatiempo de los días de fiesta.

Veis, señor mio, que en este siglo de luces tengo bastante valor para confesar, que en lo general somos los hombres de la naturaleza; que en vez de sacudir nuestras rancias preocupaciones, por el contrario las amamos mucho; y para cubrirnos mas de verguenza, os diré: que las amamos porque son preocupaciones; que cuanto mas han dominado, y cuanto mas ha prevalecido su influencia tanto mas las amamos. Tememos esponer los hombres á que vivan y comercien entre sí con el fondo particular de su razon; porque presumimos que este capital es corto en cada individuo, y que harian mucho mejor sacando provecho todos juntos del banco general y de los fondos públicos de las naciones y de los siglos. Muchos de nuestros especuladores, en vez de desterrar las preocupaciones generales, emplean toda su sagacidad en descubrir la sabiduria oculta que domina en cada una; y si alguna vez, que es rara, no consiguen su objeto, juzgan que es mucho mas prudente conservar la preocupacion con el fondo de razon que encierra, que dejar á esta desnuda despojandola de lo que ellos miran como el vestido; porque una preocupacion, comprendida en ella su razon, es un motivo que da fuerza á esta razon, y un atractivo que la da permanencia. La preocupacion es de una aplicacion pronta cuando llega la vez; determina de antemano al espíritu á seguir con constancia la senda de la sabiduria y de la virtud; y no deja

los hombres, en el momento de decidirse, espuestos á la duda, á la perplejidad y á la irresolucion. La preocupacion hace de la virtud un hábito en lugar de una série de acciones incoherentes; por aquellas preocupaciones cuya base es la virtud, el deber viene á hacerse una parte de nuestra naturaleza.

Vuestros literatos y vuestros políticos difieren esencialmente en opinion sobre este punto; y lo mismo sucede aqui en el despreciable partido de nuestros sectarios iluminados. No respetan la sabiduria de otros; pero en vez de esto ponen en la suya una confianza ilimitada. Para destruir un órden antiguo de cosas, les basta que la cosa sea antigua; y en cuanto á lo nuevo no se inquietan en manera alguna por la duracion de un edificio construido precipitadamente, porque la duracion es de ninguna importancia para los que estiman en muy poco ó en nada lo que se ha hecho antes de ellos, y que colocan toda su esperanza en los descubrimientos. Piensan muy sistemáticamente que son perniciosas todas las cosas que llevan el carácter de duraderas; y en consecuencia declaran una guerra de esterminio á todo establecimiento. Creen que los gobiernos pueden variar como la moda del partido, sin que esto traiga consecuencia alguna, y que para adherirse á la constitucion cualquiera del estado, no es necesario tener otro principio que la conveniencia del momento. Se producen continuamente como si fueran de opinion, que el pacto ya celebrado entre ellos y los magistrados es de una naturaleza simple; que solo obliga á ellos, pero que nada tiene de recíproco; y que la magestad del pueblo puede variarlo sin mas motivo que quererlo. Su misma adhesion á la pátria no dura sino mientras está de acuerdo con sus proyectos variables: comienza y acaba por tal ó tal plan de politica que por el momento se conforma con su opinion.

Estas doctrinas, ó mas bien, estas ideas parecen ser las que prevalecen entre vuestros nuevos políticos; pero son totalmente diversas de las que hemos seguido en este pais.

Segun oigo decir, alguna vez se pretende en Francia que lo que ahí pasa actualmente es conforme al ejemplo de la Inglaterra. Permítaseme afirmar, que el origen de las cosas que se han hecho entre vosotros no puede hallarse ni en la conducta, ni en las opiniones dominantes de nuestra nacion, ya las compareis con los hechos, ya con el modo de obrar. Añadiré tambien con certeza, que estamos tan seguros de no haber da-



do leccion alguna á la Francia, como distantes de querer recibirla de ella. Los bandos que aqui toman alguna parte en vuestras operaciones, no se componen sino de un puñado de hombres; y si desgraciadamente por sus intrigas, por sus discursos, y por la confianza que ellos tienen en la union que han contraido de intento con los consejos y las fuerzas de Francia, llegaran á arrastrar á su faccion un número considerable de gentes, y en consecuencia formaran alguna empresa á imitacion de las vuestras, me atrevo á pronosticar que el resultado será, que escitando alguna turbacion en su pátria consumarán mas pronto su propia ruina. Esta nacion, en tiempos antiguos, se negó á variar sus leyes que desconocen la infalibilidad de los papas, aunque viniese acompañada de anatemas y cruzadas; ni hoy dia quiere alterarlas por adoptar piadosamente los dogmas de los filósofos, aunque estos obren con los libelos y la linterna.

Vuestros asuntos, al principio, solo interesaban á vosotros; y nos conmovieron como á hombres; mas los observabamos solamente de lejos, porque no eramos ciudadanos de Francia. Hoy que advertimos que se nos proponen por modelos, debemos sentir como ingleses, y recordándonos lo que somos, obrar como tales. Vuestros asuntos, á pesar nuestro, forman hoy parte de nuestros propios intereses, á lo menos, lo bastante para que debamos alejar de nosotros vuestra panacea, ó vuestra peste; porque si es panacea, no necesitamos de ella; conocemos los peligros de una medicina supérflua; y si peste, es de tal naturaleza que para preservarnos de ella, deberá guardarse la mas rigurosa cuarentena.

Por todas partes oigo decir que un complot, que se ha dado el título de filosófico, recoge la gloria de un gran número de vuestros trabajos revolucionarios, y que sus opiniones y sistemas son el verdadero espíritu que dirige á todos; pero en Inglaterra jamás he oido hablar de ningun partido, literario ó político, que se haya conocido bajo tal denominacion: y ¿teneis, por ventura, uno compuesto de aquella especie de hombres, que el vulgo en su lenguaje sencillo y grosero llama continuamente ateos é infieles? Si esto es así convengo en que tambien nosotros tenemos aqui escritores de esta clase, que han hecho ruido en su tiempo, y ahora reposan en un eterno olvido. ¿Qué hombre entre los nacidos de cuarenta años á la fecha, ha leido una sola palabra de Collin, Tolland, Tindal, Chubb, Morgan, y

de aquella raza que se designaba ella misma con el nombre de espíritus fuertes? ¿Quién lee hoy á Bolingbroke? ¿Y quién lo ha leído jamás todo entero? Preguntad á los libreros de Lóndres, ¿qué han venido á parar, estas lumbreras del mundo? Dentro de un número de años, tan corto como lo es el número de sus sucesores, irán estos á reunirse con ellos en el sepulcro de la familia de todos los Capuletos; pero cualesquiera que hayan sido ó sean entre nosotros, eran y son personas aisladas: conservan aqui la naturaleza propia de su especie, y jamás se les vé en forma de partido; jamás han obrado como cuerpo; jamás se han tocado en el estado por una faccion; y jamás se ha sospechado que en razon de este título ó carácter, ó por obsequiar las miras de tal ó tal partido hayan influido en nuestros intereses públicos. Si así deben existir, y si así les fuera permitido obrar, esta es otra cuestion. Pero como jamás ha habido estos complots en Inglaterra, jamás ha influido su espíritu en la formacion original del plan de nuestra constitucion, ni en alguna de las varias restauraciones y mejoras que ha experimentado. Todo se ha hecho bajo los auspicios de la religion y la piedad, y confirmado por su sancion. Todo ha dimanado de aquella sencillez de nuestro carácter nacional, y de una especie de ingenuidad natural de entendimiento, que por mucho tiempo han caracterizado á todos los hombres que han sido investidos sucesivamente de alguna autoridad entre nosotros. Esta disposicion subsiste todavia, á lo menos, en la gran masa de la nacion.

Sabemos, y lo que es mas, estamos íntimamente persuadidos de que la religion es la base de la sociedad civil, y la fuente de todos los bienes y consuelos; y estamos tan convencidos de esta verdad en Inglaterra, que de cien personas, hallareis que las noventa y nueve prefieren la supersticion á la impiedad, aunque el orin de aquella compuesto de todos los absurdos del espíritu humano, adhiriéndose á la religion ha podido corromperla en el discurso de muchos siglos. Cuando tengamos que cortar alguna corrupcion, suplir algunos defectos, ó perfeccionar la sustancia de algun sistema, jamás seremos tan locos que ocurramos al auxilio de una sustancia enemiga. Si nuestras opiniones religiosas llegaren á exigir algun dia modificaciones mas amplias, para obtenerlas no apelaremos al ateísmo. Jamás alumbraremos nuestros templos con una antorcha profana.



na; otras luces haremos brillar allí: los perforaremos con otro incienso que no sean las composiciones pestilentes que se han introducido por los contrabandistas de una metafísica corrompida. Si el establecimiento de nuestra iglesia necesitara de revizarse, no sería la avaricia ni la rapacidad, pública ó privada, la que emplearíamos para calcular y recibir sus rentas sagradas, y determinar su aplicación. Sin condenar violentamente el rito griego, ni el armenio, ni el católico romano, después que han calmado las animosidades, preferimos nosotros el protestantismo, no porque creamos que encierra menos religión cristiana, sino porque estamos persuadidos de que encierra mas: somos protestantes, no por indiferencia, sino por celo.

Sabemos, y nos gloriamos de saber, que el hombre por su constitución es un ser religioso; y que el ateísmo es contrario no solo á la razón, sino también á nuestro instinto, al que no puede sofocar por mucho tiempo. Pero si en un momento de relajación y en el delirio de una embriaguez causada por aquel espíritu ardiente destilado por un alambique infernal, que á la sazón hierbe furiosamente en Francia, debemos mostrar nuestra desnudez despojándonos de la religión cristiana que ha sido hasta ahora nuestra gloria y nuestro consuelo; que ha sido una gran fuente de civilización entre nosotros, igualmente que entre otras naciones; temeríamos (pues el corazón no sufre este vacío) que alguna superstición grosera, perniciosa y degradante viniera á reemplazarla.

Por esta razón, antes de privar á nuestros establecimientos de la consideración que corresponde, y de abandonarlos al desprecio, como vosotros habeis hecho, atrayendo por esto las penas que sufrís justamente; querríamos que se nos presentara alguna otra cosa en su lugar, y entonces elegiríamos.

Conforme á estas ideas, en vez de disputar sobre los establecimientos, como acostumbran hacerlo algunas personas que han puesto su filosofía y su religión en ostentar su odio contra tales instituciones, nos aficionamos mas á ellas. Estamos resueltos á sostener el establecimiento de la iglesia, el de la monarquía, el de la aristocracia y democracia, cada cual en el grado en que se halla, y sin añadirles nada. Ahora os haré ver lo que poseemos de cada uno de estos establecimientos.

La desgracia de este siglo (yo no diré, la gloria, como piensan estos señores) ha estado en la necesidad que se ha intro-

ducido, de sujetarlo todo á discusión, como si la constitución de nuestro país debiera ser siempre materia de altercado mas bien que un objeto de goce. Por esta razón, y también por satisfacer á aquellos de vosotros que pudieran desear aprovecharse de los ejemplos (si es que alguno está dispuesto á ello) me arriesgo á importaros, comunicandoos algunas ideas sobre cada uno de estos establecimientos. No creo que la antigua Roma viese como superfluos los ejemplos, cuando empeñada en reformar sus leyes propias, envió diputados á imponerse en las mejores que regían las repúblicas vecinas.

Me permitiréis que, ante todo, hable del establecimiento de nuestra iglesia, que es la primera de nuestras preocupaciones: no una preocupación destituida de razón, sino que envuelve una sabiduría vasta y profunda. Hablo de ella en primer lugar, porque es el principio, medio y fin de nuestros corazones; porque fundados en el sistema religioso que actualmente poseemos, continuamos obrando según los sentimientos adoptados por el género humano, desde una antigüedad muy remota, y transmitidos uniformemente hasta nosotros. Este sentimiento no solo ha dado al estado, como un sábio arquitecto, la forma de un augusto edificio, sino que como propietario previsor, para preservar su obra de la profanación y de la ruina, lo ha purificado como á un templo sagrado de todas las impurezas del fraude, de la violencia, de la injusticia y de la tiranía: ha consagrado solemnemente y para siempre al estado y todo lo que obra en él. Esta consagración se ha hecho con el fin de que todos los que administran el gobierno de los hombres, en el cual representan la persona del mismo Dios, formen de sus funciones y de su destino las altas ideas que les son dignas; con el fin de que su esperanza sea alimentada y llena de inmortalidad; que no consideren el momento que perece, y que no den valor alguno á sus alabanzas pasajeras, sino solo á la existencia sólida en la parte permanente de su naturaleza, y á la reputación duradera de gloria en el ejemplo que dejan al mundo como una rica herencia.

Unos principios tan sublimes deberían inculcarse en el ánimo de todas las personas que se hallan en situación elevada, y los establecimientos religiosos deberían estar gobernados de un modo que se hicieran revivir sin cesar y se les diera un nuevo vigor. Todas las instituciones, morales, civiles, ó políticas que



estrechan aquellos lazos naturales y fundados en razon que unen de un modo inseparable los afectos é ideas humanas á la divinidad, son necesarias, por lo menos, para dar la última mano á esta criatura admirable, el hombre, cuya prerrogativa es ser en gran parte su propia obra, y que cuando está acabada, como debe serlo, por su propio destino debe ocupar un lugar superior en el órden de la creacion. Por esto siempre que un hombre es elevado sobre los demas, como esta elevacion no debiera ser nunca sino la suerte de una naturaleza mas depurada, este hombre debiera, mas particularmente en tal circunstancia, acercarse á la perfeccion quanto es posible.

La consagracion del estado por un establecimiento religioso, es necesaria tambien para inspirar á los ciudadanos libres un temor respetuoso y saludable, porque para defender su libertad deben gozar de una porcion cualquiera de poder. Por eso mas particularmente necesitan de una religion que haga parte de su gobierno, y sea el origen del cumplimiento de sus deberes, lo que no puede verificarse en otras sociedades civiles, en donde el pueblo está restringido, por las diversas condiciones de su pacto, á no obrar sino conforme á sentimientos privados, é intereses particulares de familia. Todas las personas que gozan de una porcion cualquiera de poder, deberian penetrarse intimamente de la imponente idea de que no obran sino por delegacion, y que bajo este título deben dar cuenta de su conducta al único señor supremo, autor y fundador de toda sociedad.

Este principio deberia inculcarse tambien mas profundamente en los ánimos de aquellos que componen una soberania colectiva, que en el de los príncipes que gobiernan solos. Los príncipes sin instrumentos para obrar, nada pueden hacer; y el que se sirve de instrumento, aunque saca provecho, tambien encuentra obstáculos. Así pues, el poder de los príncipes no es siempre completo enteramente, y mucho menos pueden ellos abusar de él hasta el exceso con seguridad. Tales personajes, aunque extraviados por la lisonja, por la arrogancia y la presuncion, jamás deberian perder de vista, ya se hallen ó no al abrigo de una ley positiva, que de todos modos son responsables, aun acá en la tierra, del abuso que hagan de un depósito que se haya confiado á ellos solos. Si una rebelion de sus súbditos no los hace caer, pueden ser degollados por los mismos genizaros que mantienen para ponerse en seguridad contra toda re-

belion: así es que hemos visto al rey de Francia vendido por sus soldados por el aliciente de una paga mas alta. Pero cuando la autoridad popular es arbitraria é ilimitada, el pueblo confia infinitamente mas en su propio poder, porque esta confianza es mucho mas fundada. El pueblo halla en sí mismo sus propios instrumentos, y obra mas cerca de su objeto. Ademas de esto, no puede ser responsable en manera alguna á la idea de su reputacion y del aprecio, que es el poder que ejerce sobre la tierra la censura mas terrible, porque la parte de infamia que debe recaer sobre cada individuo en los actos públicos, no es ciertamente, sino una porcion bien imperceptible, estando las operaciones de la opinion en razon inversa del número de los que abusan del poder. La aprobacion del pueblo sobre sus propias operaciones, tiene para él toda la apariencia de un juicio público en su favor: así pues una democracia perfecta es la cosa del mundo en que la falta de verguenza es la mas completa; y quanto mas libre está de la verguenza, otro tanto lo está del temor. En una democracia perfecta ningun individuo puede llegar á ser el solo el objeto de ningun castigo. Ciertamente, el pueblo entero jamás puede ser castigado; porque como los castigos no tienen otro fin que hacer escarmientos para la seguridad de todo el pueblo, el pueblo entero nunca puede servirse á sí mismo de escarmiento, ni ser castigado por ninguna mano humana. Por eso es de suma importancia, que al pueblo jamás se le permita imaginarse que su voluntad es superior á la del rey, y la medida de lo bueno ó de lo malo. Deberia estar persuadido que bien lejos de ser propio, no está de ningun modo autorizado con seguridad por sí mismo, para hacer uso de un poder arbitrario, sea cual fuere: por consiguiente, que él no debe, por la falsa apariencia de libertad, sino por la libertad verdadera, ejercer una dominacion cruel y nueva, cual es exigir tiránicamente de los que llenan sus deberes en el estado, no ya un celo absoluto por sus intereses, sino una baja sumision á su voluntad pasagera; porque sofocaria en cuantos le sirven, todo principio de moral, todo sentimiento de dignidad, todo uso del juicio, y toda firmeza de caracter; y porque al mismo tiempo, con esta conducta, se haria él mismo la presa justa y despreciable de la ambicion servil de los sicofantas populares y de los aduladores complacientes.

Quando el pueblo se haya purificado de toda pasion y de todo deseo interesado, lo que es imposible que pueda hacer ja-



mas sin el auxilio de la religion; cuando se haya persuadido intimamente de que él ejerce el poder (el mas alto grado de poder que él ejerce consiste en el órden de la delegacion) poder que para ser legitimo debe conformarse con la ley eterna é inmutable en que el querer y la razon no son mas que una sola y misma cosa, entonces él se mirará mucho para no confiar el ejercicio de este poder á manos viles é incapaces: entonces procederá al nombramiento para las cargas públicas, no para encargar á nadie el ejercicio de la autoridad con la misma indiferencia que si se encargara una faena miserable, sino que sabrá que confiere una funcion sagrada. No prescribirá por regla de conducta su interés sórdido y personal, ni su capricho indiscreto, ó su voluntad arbitraria; sino que al confiar el ejercicio de un poder tal, que no hay hombre capaz de darlo ni de recibirlo sin estremecerse, fijará su vista solamente sobre aquellos en quienes descubra que predominan una virtud y una sabiduria activas, proporcionadas á la naturaleza del empleo, á lo menos, cuanto es dable en esta masa enorme de inevitables imperfecciones humanas.

Cuando el pueblo esté habitualmente convencido de que ningun mal puede ser grato al que es la bondad por escencia, entonces será mas capaz de desarraigat del espíritu de sus empleados, civiles, eclesiásticos, ó militares, todo lo que pueda semejarse aun ligeramente, á una dominacion orgullosa y arbitraria.

Uno de los primeros principios y de los mas importantes sobre que descansa el interes público, es evitar por medio de las leyes el que los poseedores de bienes, abandonando los que han recibido de sus antepasados y olvidándose de los que deben á su posteridad, se imaginen que como señores absolutos tienen derecho para interrumpir el curso de las sucesiones, ó disipar las herencias. Mas destruyendo los hombres á su antojo la constitucion primitiva de la sociedad en que viven, poniendose á riesgo de no dejar á los que vienen despues de ellos sino ruinas en lugar de habitaciones; y enseñando así á sus pósteros á tener tan poco respeto por sus instituciones como el que ellos han tenido por las de sus mayores; á innovar los gobiernos tantas veces, de tantas maneras, y con la misma facilidad, destituida de todo buen principio, que se varian las modas y las fantasias; será interrumpida la cadena y la continuidad que une á los hombres en sus intereses generaes. no habrá una generacion que tenga relaciones con otra y los humanos no valdrán mas que las moscas, que un mismo estío ve nacer y morir.

En primer lugar, la jurisprudencia.... esta ciencia que tanto envanece al entendimiento humano, que á pesar de sus defectos, redundancias y errores, es el depósito de la razon de todos los siglos; y que combina los principios de la justicia original con la variedad infinita de los intereses humanos, no se la verá ya sino como un acinamiento de errores antiguos, y se abandonará su estudio. La presuncion y la arrogancia, compañeras inseparables en los que jamás han hecho uso de una sabiduria superior á la que tienen, se apoderarán de los tribunales: y entonces se acabaron aquellas leyes fijas que ofrecian una base inmutable á la esperanza y al temor; se acabaron aquellas leyes que contenian en ciertos límites las acciones de los hombres, y las dirigian á un fin determinado: y en lo de adelante, no habiendo estabilidad ninguna en el modo de conservar las propiedades, ó de ejercer una funcion cualquiera, no habrá ley en que se apoye un padre de familia para dirigir la educacion de sus hijos, ni sabrá elegir el establecimiento que debiera darles en esta vida. Los principios no engendrarán hábitos desde la infancia: y cuando un preceptor, el mas habil que se quiera, haya concluido la penosa empresa de educar á un pupilo, en vez de poderlo presentar aleccionado completamente en la disciplina de la virtud, y capaz de captarse la atencion y respeto en el destino á que lo llame la sociedad, hallará que todo ha cambiado, y que no ha dado al mundo sino una pobre criatura condenada al desprecio, é irrision, y un ser del todo estrangero á la estimacion verdadera. ¡Quién pretenderá afianzar y fijar en el corazon de un joven, que empieza á palpitar, los tiernos y delicados sentimientos del honor, cuando no habrá un solo hombre que sepa cuál es la prueba del honor en una nacion que altera á cada instante la ley de esta moneda? Ninguno por mas que viva, aunque se immortalize en esta vida, podrá llegar á enriquecerse con estas nuevas adquisiciones. Esta falta completa de educacion, y esta inestabilidad de principios producirán resultados infalibles; y no tardará en verse que á las ciencias y literatura suceda la barbarie, y que las artes y manufacturas vuelvan á correr la suerte de la inesperienza. Así, el bien público, á la vuelta de muy pocas generaciones, vendrá á disolverse y reducirse al polvo y ceniza de la individualidad, y ser en fin dispersado por todos los vientos del cielo.

Igualmente, para evitar los peligros de la inconstancia y versatilidad, que son diez mil veces peores que los de la obstinacion



y de las mas ciegas pasiones, nosotros hemos consagrado el estado, para que nadie tuviese la temeridad de acercarse á él, é indagar sus defectos ó su corrupcion sin traer consigo todas las precauciones suficientes; para que nadie soñase que podia dar principio á estas reformas por un trastorno general; para que no se escudriñasen los defectos del estado sino á la manera que se acerca un hijo á observar las heridas de su padre con una atencion respetuosa y una diligencia tímida. Esta sabia preocupacion nos enseña á ver con horror todos estos hijos de una misma patria, empeñados en despedazar á su antiguo padre y arrojarle en la caldera de los mágicos, con la esperanza de que á virtud de sus jugos venenosos y de sus bárbaros encantamientos se podrá regenerar la constitucion de su padre, y reproducir la existencia de aquel de quien ellos la recibieron.

No hay duda, la sociedad es un contrato; y los contratos que se celebran en el curso de la vida sobre intereses particulares á objetos del momento, y que la ocasion hace nacer, pueden disolverse cuando se quiera; pero el estado deberá considerarse bajo los mismos respetos que un contrato mercantil sobre pimienta, café, musolina, tabaco, ú otro objeto de un interes vulgar, que dura tanto como una especulacion momentanea, y que las partes pueden disolver á su antojo? El estado se debe considerar con otro sentimiento de respeto, porque este género de asociacion no tiene por objeto unicamente las cosas que solo sirven á la conservacion animal y grosera de una naturaleza caduca y fugitiva; esta es la sociedad de todas las ciencias, de todas las artes, de todas las virtudes, y de todas las perfecciones; y como las ventajas de tal sociedad no se pueden lograr sino á la vuelta de muchas generaciones, esta sociedad viene á ser no solamente de los que existen, sino un contrato entre los que viven, los que están por nacer y los que han muerto. Cada contrato en cada estado particular no es mas que una cláusula del gran contrato primitivo de una sociedad eterna, que forma una sola cadena de todos los eslabones de las diferentes naturalezas, y que pone al mundo visible en relacion con el invisible, conforme á un pacto fijo sancionado por el juramento inviolable, que mantiene á todas y cada una de las naturalezas físicas y morales en el lugar que se las ha señalado. Esta ley no depende del arbitrio de aquellos que, por una obligacion infinitamente superior, están precisados á someter á ella su propia voluntad: y los cuerpos municipales de

este reino universal no son libres para desatar ni romper los lazos de subordinacion de cada comunidad subalterna, y reducirlo á un caos antisocial, anticivil y confuso de principios elementales, dejándose llevar de los cálculos sobre una mejora fortuita. Solo una necesidad por esencia, una necesidad que no sea elegida sino imperante, una necesidad que domine sobre toda deliberacion, y que no admita discusion ni prueba; solo una necesidad como esta, digo, podrá justificar el recurso á la anarquia. Una necesidad de esta clase no es una escepcion de la regla, porque ella entra por sí misma tambien en aquella disposicion moral y física de las cosas, á la cual debe el hombre obedecer de grado, ó por fuerza. Pero si llega á ser objeto de eleccion lo que no era sino efecto de sumision á una necesidad semejante, se infringirá la ley general, se desobedecerá á la naturaleza, y los rebeldes deberán ser inmediatamente proscritos y dispersados; deberán ser desterrados del mundo de la razon, de la virtud, de la paz y la indulgencia á otro mundo opuesto de locura, de discordia, de vicio, de confusion y de inútiles arrepentimientos.

Estos sentimientos, amado señor mio, son, han sido y serán por mucho tiempo, en mi juicio, los de hombres, no los menos instruidos, ni los menos reflexivos de este reino. Los que están comprendidos en esta clase forman sus opiniones sobre las mismas bases que deben formarlas tales personas; y los que piensan menos, y á quienes la providencia condena á referirse á la fe de otro, la reciben de una autoridad de que no deben sonrojarse. Estas dos clases de hombres obran en la misma direccion, aunque en diferentes posiciones; unos y otros se conducen conforme al orden del universo; conocen y sienten en toda su estension aquella grande y antigua verdad: *Quod illi principi prepotenti Deo, qui omnem hunc mundum regit, nihil eorum quæ quidem fiunt in terris, acceptius quam consilia et cæsus hominum jure sociati, quæ civitates appellantur*. Conservan este dogma en su memoria y en su corazon, no á causa del gran nombre de su autor, ni de la autoridad mayor todavia de donde él la toma, sino á causa de lo único que pueda dar á una opinion sabia fuerza y sancion, la simple naturaleza, y las simples relaciones comunes á todos los hombres. Persuadidos de que todo debe hacerse por un fin, y refriendolo todo al punto á que debe dirigirse, no solo como individuos se creen obligados á renovar en el fondo de su alma la memoria de su alto origen y de su especie, sino